

SUCRE

ESTADISTA Y DIPLOMATICO

1821-1822

(SEGUNDA PARTE)

No hemos de seguir adelante en este relato de los hechos de la vida del General Sucre, sin mencionar, aunque se trate de asunto meramente militar, y no político ni diplomático, su participación en la resistencia opuesta a Morillo en Cartagena en 1816. Sucre, que entonces solía tener el grado de Coronel de Ingenieros, fue de aquellos jefes venezolanos que emigraron cuando el Pacificador se hizo dueño de Venezuela. Con Bermúdez, Justo Briceño, Freyre, Plaza, Soubllette, Salom, Piar y otros muchos que actuaban en el oriente del país, se embarcó en Güiría con rumbo a la isla de Margarita, después de haberse batido gallardamente en Magueyes y en el valle de Urica.

Tras de azarosa navegación por aguas del Caribe, donde se tocó en Martinica y en San Thomas, llegó Sucre, con sus compañeros de emigración a Cartagena, poco después de haber dejado Bolívar la ciudad —obligado a ello por la tosudez e incomprensión del General Manuel del Castillo— y poco antes de que Morillo con la escuadra española iniciara el famoso sitio de Cartagena.

Sucre se alistó allí con sus compañeros a servir a la causa neogranadina, corrió los horrores del asedio de la heroica plaza, sirvió como ingeniero, en asocio con el Coronel Pombo, granadino, en la defensa, mas cuando ya no hubo posibilidad de resistir por más tiempo el largo asedio de ciento dieciséis días, y cuando el General Bermúdez, que había reemplazado a Castillo, decidió evacuar la fortaleza antes que entregarse, Sucre fue uno de los oficiales que hizo parte de la expedición que se embarcó en los catorce barcos que el 5 de diciembre partieron de la plaza sitiada por entre los fuegos enemigos. Allí se salvó de las consecuencias



Dr. CARLOS RESTREPO CANAL

de la toma de la ciudad un crecido número de cartageneros y de oficiales granadinos y venezolanos que habían luchado en aquel tremendo sitio de la ciudad ante cuyos muros se había rendido setenta y cinco años antes la escuadra inglesa.

Reanudamos ahora el relato de los sucesos de 1820, concluida la celebración de los tratados de armisticio y regulación de la guerra, solemnemente sellados en la entrevista de Santa Ana (15), se realizaron los propósitos de Bolívar de dar a Sucre más señalada posición en los campos político y militar, donde pudiera manifestar las señaladas dotes que en él conocía, y donde aún llegara a mostrarse como rival suyo en el servicio de Colombia. Así lo hizo el Libertador, sin mostrar sentimiento alguno de emulación por causa del presentido prestigio y engrandecimiento que había de adquirir su subalterno.

Veamos cual fue la ocasión que escogió Bolívar para ello. El 9 de octubre de 1820 había declarado Guayaquil su Independencia, aspiración que compartían las demás provincias del sur, que integraban el antiguo reino y luego departamento de Quito. Con este motivo el Libertador se había dirigido, el primero de enero de 1821, a la junta gubernativa de Guayaquil para felicitarla por la declaratoria de su Independencia y para comunicarle que había comisionado al General José Mi-

res para conducir los elementos militares necesarios para la defensa de aquella plaza y para proteger los esfuerzos que hacía Cuenca para alcanzar su liberación, a la vez que le comunicaba también la orden impartida al mismo General de marchar a Quito con igual fin.

Finalmente, decía el Libertador que no sintiéndose aun satisfecho con cuanto anunciaba a la Junta, había decidido partir él mismo a la provincia "con un ejército capaz de emprender y ejecutar operaciones de todo género". Añadía estas palabras, "y muy pronto me prometo renovar más de cerca el placer de festificar a V. E. y al célebre pueblo de Guayaquil mi entera devoción a sus intereses y mi aprecio por sus patrióticos esfuerzos" (16).

La comisión dada al General Mires le fue comunicada a éste en oficio de 10 de enero, y a ella se añadió un pliego de instrucciones que en la misma fecha le envió el General don Pedro Briceño Méndez, secretario de estado en el despacho de guerra y marina.

Pero Bolívar cambió de determinación al día siguiente de haber comunicado a Mires la comisión aludida, porque resolvió dirigirse al norte con el fin de entrevistarse con los comisionados de Fernando VII, señores Sertorius y Spelius, que acababan de llegar de España a negociar la paz. Además a preparar el ejército para la campaña que había de seguirse si esas ne-

(15) El señor don José Manuel Groot en su *Historia Eclesiástica y Civil de la Nueva Granada*, t. IV, pág. 134, incluye copia de una carta del General Morillo dirigida a su amigo Pino, en la que entre otras cosas le dice: "Nadie, ni nosotros mismos, somos capaces de concebir lo interesante de esta entrevista, y la cordialidad y amor que animaba a los que estábamos en ella; nuestra alegría estaba mezclada con la locura, y parecía un sueño vernos reunidos allí como españoles, como hermanos y como amigos. Créame usted, la franqueza y la sinceridad presidieron esta reunión. Bolívar estaba lleno de satisfacción. Mil veces nos abrazamos con nuestras armas, y resolvimos erigir en el sitio en que nos dimos el primer abrazo, un monumento que sirviera de eterna memoria a la reconciliación que nos habíamos procurado" etc. "Quien habría dicho a los del viaje a tierra caliente tras de los tiranos —dice Groot allí— que muy pronto se habían de romper los cascos en Carabobo".

(16) O'Leary, D. F. *Memorias, Documentos*, t. XVIII, p. 18. Caracas. 1882.



Mariscal ANTONIO JOSE DE SUCRE

gociaciones no podían efectuarse en favor de Colombia.

En tal circunstancia decidió confiar a Sucre lo que él mismo no podía efectuar personalmente; así se lo dice en la nota del 11 de enero por medio de la cual le daba la delicada misión militar, política y diplomática que debía cumplir en el Cauca y ante las provincias del sur; es decir, lo que el mismo Bolívar tenía determinado realizar. He aquí sus palabras:

"No pudiendo ejecutar mi marcha al Cauca con la rapidez que yo me había propuesto y estando V. S. enterado de mis pensamientos en aquella parte de la República, he tenido a bien daros la siguiente comisión". Le ordenaba el Libertador marchar a tomar el mando del ejército del Sur, que debía entregarle el General Valdés, y proceder en seguida a aumentar los efectivos de dicho ejército hasta la cantidad de cuatro mil hombres. Para ello se había librado una providencia con el fin de que pusiera sobre las armas toda la provincia del Cauca (17).

El General Sucre quedaba así investido de facultades militares que lo constituían en jefe de un dilatado territorio, donde debía iniciar una trascendental campaña y mostrar sus talentos y facultades guerreras como director supremo, hasta cuando Bolívar asumiera el mando directo, de aquella acción guerrera y diplomática a la vez.

Entre las instrucciones que el referido mensaje daba el Libertador a Sucre, le indicaba que debería exigir al Presidente de Quito que se hiciera extensivo el tratado de armisticio a Guayaquil, puesto que esta provincia pertenecía a Colombia, como parte integrante que era del territorio neogranadino. A la Junta de Gobierno cons-

tituida en Guayaquil debía participar esta disposición, pero de tal suerte que la comunicación de ella no pudiera dar a entender que el Gobierno pretendiera obligar a la provincia a incorporarse a Colombia contra su voluntad.

Informábase a la vez Bolívar a Sucre en dicho mensaje que el General Mires estaba también destinado a Guayaquil en la misma comisión y que debía Sucre ordenarle que apresurara su salida con los elementos de guerra que había de conducir, dándole las instrucciones verbales que el mensaje añadía a las que a Mires se le habían impartido.

En Sucre, pues, depositaba Bolívar toda la confianza y le daba las acertadas y minuciosas indicaciones de que vamos hablando, pero, al mismo tiempo dejaba al juicio e iniciativa de su General gran parte de la dirección y marcha de tan importante y delicada misión; así lo demuestran las nuevas instrucciones impartidas al General Sucre, de que se tratará adelante, y la nueva proclama dirigida a los pueblos del sur, el 21 de enero de 1821, fecha que también llevaban las nuevas instrucciones ya mencionadas.

En esta proclama, tras de reafirmar los conceptos manifestados a la Junta de Gobierno, daba al General Sucre la misión de felicitar a los pueblos del sur, por los éxitos alcanzados en pro de su independencia, la de ofrecerles la cooperación colombiana para alcanzar la completa liberación y la de presentarles la Ley Fundamental de la República "como verdadero pacto social que obrara la felicidad común de éstos y de aquellos pueblos" (18).

Mostrábase el Libertador allí a dichos pueblos de "Guayaquil, Cuenca y cualquier otro pueblo o provincia del

(17) O'Leary, D. F. *Memorias, Documentos*, t. XVIII, ps. 19 y 20. Caracas. 1882.

(18) O'Leary, D. F. *Ibidem*. ps. 35 y 36.

departamento de Quito", los sinceros sentimientos de amistad que le movían hacia ellos y hacia todos los de América, y les manifestaba el propósito de Colombia de consagrarse a proteger y sostener, por todos los medios que estuvieran a su alcance, los esfuerzos que esos pueblos hacían para lograr este fin, de modo que se alcanzara en breve el feliz término de la lucha.

Decía Bolívar que Colombia aspiraba a consolidar los gobiernos que se habían establecido, convecida de que el modo más seguro para ello era "cultivar, estrechar y multiplicar las relaciones" que entre ellos existían y presentarles las ventajas que la recíproca unión ofrecía.

Autorizaba además al comisionado General Sucre para celebrar conferencias en tal sentido y para concluir con los expresados gobiernos o con los de cualquier otro pueblo o provincia, ya libre, del departamento de Quito a nombre del Gobierno y pueblo de Colombia los compromisos, convenios o arreglos que más convinieran a la unión general de todos en una sola república y a la entera libertad del departamento de Quito. Todo ello de conformidad con los poderes e instrucciones que le había otorgado al General en la misma fecha, y en virtud de los cuales y de lo expuesto en la proclama, credencial a la vez del General Sucre en su importante misión, el Libertador ofrecía ratificar y cumplir cuantos pactos o convenios éste celebrara en cumplimiento de ella (19).

Añadió Bolívar, como lo dice la proclama y como queda referido, nuevas instrucciones en que más extensamente señala las facultades otorgadas al General Sucre y los puntos que debería

tratar con los gobiernos de los pueblos del sur, instrucciones que no se hallan incluidas en las colecciones documentales de correspondencia, discursos y proclamas del Libertador, pero que originales se conservan en el Archivo Nacional, y que O'Leary incluye en sus **Documentos** (20).

En tales circunstancias se decía, en primer término, que el General Sucre debería encargarse de la comisión que el día diez del mismo mes se había conferido al General de Brigada José Mires para pasar a Guayaquil y a Quito, con los fines antes expresados. Las instrucciones que se habían comunicado a Mires deberían entenderse como impartidas al General Sucre.

Disponía que éste llevara consigo una expedición de mil hombres perfectamente armados y municionados, fuerza que debería tomarse del Ejército del Sur, mas no de las tropas veteranas del ejército sino de las que debía levantar en la provincia del Cauca.

Tanto el General Valdés, que comandaba entonces dicho ejército, como el comandante de aquella provincia habían recibido las órdenes necesarias para que le prestaran a Sucre toda cooperación y ayuda en la formación, apresto y transporte de la mencionada expedición, que debería marchar a su destino inmediatamente.

Asimismo debería llevar el nuevo comisionado todas las armas y municiones que considerara necesarias de acuerdo con la situación de las mencionadas provincias y con las del enemigo. Con el fin de que efectuara esta orden se ponían a su disposición todos los parques existentes en el Sur y en Cundinamarca, para que de ellos

(19) Bolívar, Simón. *Obras Completas*, comp. de V. Lecuna, t. III, p. 711, Barranquilla, 1957.

(20) Archivo Nacional de Colombia. "Guerra y Marina", t. 76, fs. 7 a 11. O'Leary, D. F. *Memorias*, Doc. t. XVIII, ps. 31 a 35. Caracas, 1882.

tomara lo que necesitara, en virtud de este artículo de las instrucciones y de las órdenes que a la vez se libraban al comandante del Cauca.

El General Mires quedaba nombrado segundo jefe del General Sucre en esta expedición destinada a Guayaquil, y se entenderían como impartidas a aquel todas las instrucciones que se daban a Sucre, en caso de que hubiera de sucederle en el mando. Agregaba a esta disposición las que se consideraban de utilidad a fin de que las provincias de Quito se prepararan a recibir estos auxilios, y que mientras llegaran se anticiparan las demás partes de la comisión del General Sucre ante aquellos gobiernos. Debería este adelantarse solo a Guayaquil, luego que hubiera organizado la expedición con Mires, a quien dejaría encargado de conducirla y acelerar su marcha.

Entraban en seguida las instrucciones de carácter propiamente diplomático, de lo que habla el punto sexto de este documento: "Tratará el General Sucre —dice allí— de que aquellas provincias se incorporen a la República de Colombia conforme a la Ley Fundamental de ella. Con tal objeto solicitará conferencias privadas en que procure convencer las ventajas generales que resultan a la república de la reunión de aquel departamento; las ventajas particulares que resultan a éste de pertenecer a una república que asegura, protege y defiende su existencia sin ofender por esto sus derechos y representación política, pues no es una sujeción lo que se intenta, sino la formación de un gran compuesto de partes perfectamente iguales. A este intento hará valer la importancia que nos ha dado en Europa la Ley Fundamental, y lo que crecerá aquella viendo que el tercer departamento adhiere espontánea y unánimemente a ella; asegurará que este solo paso decidirá a los gobiernos

Europeos a reconocer la independencia de Colombia, a que están decididas ya las principales potencias, incluso la misma España. Hará ver como cierto que ni la España ni ninguna potencia europea reconocerá pequeñas repúblicas por los peligros de que están amenazadas, mucho menos la de Quito que colocada en medio de las grandes repúblicas de Colombia y del Perú vendría a ser el objeto de pretensiones y de guerras a que no podría ella recurrir por sí sola, y que la envolverían frecuentemente en los desastres de contiendas ruinosas y aun de facciones intestinas, por el cuidado que tendrían las repúblicas vecinas de dividir los ánimos y ganar partido en su interior para sostener sus pretensiones.

Debía manifestar asimismo el comisionado, en primer lugar, que habiendo siempre Quito hecho parte del virreinato de Santa Fe, todas sus relaciones lo ligaban a Colombia. En segundo término haría ver el General Sucre que no teniendo la provincia puertos en el Atlántico, le sería preciso valerse de los de Colombia para su comercio exterior y para todas sus relaciones con Europa, lo que la sujetaría a condiciones desventajosas y a los inconvenientes que padecen todos los extranjeros, inconvenientes que no podrían evitar de ningún modo.

Ninguna de estas ventajas que le ofrecía a Guayaquil su unión con Colombia podría lograrlas por medio de su adhesión al Perú.

No debía Quito esperar nada de las repúblicas del sur puesto que en sus conferencias y proposiciones solo había estipulado su propio reconocimiento, individual, prescindiendo de las restantes repúblicas de América.

En contraposición haría ver el parlamentario que Colombia había estipulado en todos sus tratados y en todas sus conferencias la libertad de la república entera y de todas sus sec-

ciones, "y que estaba firmemente decidida a no dejar las armas ni aceptar la paz mientras Quito no sea libre y sea también reconocida como tal".

Debería el General Sucre añadir a todas estas razones las demás que le sugirieran su prudencia y sus talentos y reforzarlas con todo el interés que la república se prometía de su celo. Empero, se le recomendaba prudencia, moderación y circunspección para que sus gestiones no fueran a producir ni alarmas ni disgustos, cosa que el Libertador advertía era muy posible suscitar en toda clase de negociaciones, a veces aun con solo "una expresión o un gesto".

Si los gobiernos del sur decidieran reconocer el gobierno de Colombia e incorporarse a él, no debería darse a la publicidad nada de ello, sino en caso de que por razón de las negociaciones que se adelantaran por aquella parte, hicieran necesario que se acogieran al armisticio con el objeto de salvar a las provincias de algún inminente peligro que las amenazara. La reserva, por el contrario, tenía el fin de que el enemigo, en virtud del armisticio, no tratara de entorpecer las operaciones militares que allí se desarrollaran.

Incorporadas las provincias del Sur, a Colombia, el General Sucre debería tomar el mando en jefe de todas las tropas que hubiere en ellas, y quedaba autorizado para formar y organizar cuerpos de tropa nuevos, para dirigir las operaciones militares y la organización del país en la parte de él que se fuera libertando.

En caso de que, a pesar de todos sus esfuerzos, no lograra la unión de las provincias a Colombia, les ofrecería sus servicios, con las tropas que conducía, y solicitaría que se le confiriera el mando en jefe de las del país, mando que en este caso ejercería ciñéndose

a las instrucciones de los gobiernos a cuyo servicio fuera admitido.

En último caso, si no fuera admitido al servicio, ofrecería su cooperación como auxiliar, y en tal circunstancia arreglaría con aquellos gobiernos la forma como debiera ser sostenida y vestida la columna. Pero si no fuera admitido ni como auxiliar, debería el General Sucre regresar al puerto de su procedencia con sus tropas, exigiendo a los susodichos gobiernos los necesarios auxilios para su retirada. En esta eventualidad se le autorizaba para que desembarcara y ocupara con sus fuerzas el puerto de Las Esmeraldas o cualquiera otra provincia o puerto de la costa del Sur que fuera en su concepto, importante para desarrollar operaciones sobre Quito; de todo lo cual debería dar noticia al gobierno por conducto seguro. Lo mismo que al jefe del Ejército del Sur en cuanto se relacionara con las operaciones, para que éste arreglara y concertara las suyas por su parte.

Las provincias de San Francisco, que constituían el reino de Quito, llamado ya por Bolívar departamento de Quito, eran las de Quito, Guayaquil, Cuenca, Loja, Jaén y Mainas, que habían quedado erigidas como reino de Quito desde 1538, pero que entraron a formar parte del Nuevo Reino de Granada desde 1564. Luego, al ser establecido el virreinato de Santa Fe, en virtud de real cédula de Felipe V, de 27 de mayo de 1717, continuaron unidas a él. Suprimiendo el régimen virreinal en 1723, permaneció el reino de Quito incorporado al Nuevo Reino de Granada. En 1739, al ser restablecido el virreinato, por real cédula de 20 de agosto, se ratificó la unión de dicho territorio del sur al virreinato de Santa Fe (21). Según el *uti possidetis juri*, a que se había acogido como norma pa-

(21) Archivo General de Indias, Sevilla, Santa Fe, legs. 385 y 573. Archivo Nacional de Colombia, tomo 15 de "Virreyes", fs. 762r, a 811v.

ra la fijación de límites entre las nuevas nacionalidades que iban adquiriendo su independencia, las provincias del sur del reino o departamento de Quito debían quedar dentro de Colombia. Pero como gran parte del territorio quiteño estaba en 1821 aún bajo el poder de España, y una de dichas provincias había proclamado su separación de la metrópoli, mas sin reconocer el aludido principio del *uti possidetis juri* ni manifestar su adhesión a Colombia, era preciso no solo apoyar su tendencia separatista, sino inclinarla a unirse a Colombia, antes de que el Perú, que tenía miras sobre ella y deseaba que se anexara a su territorio, lograra adelantarse a las actividades colombianas y obtuviera de Guayaquil una declaración de adhesión que arrebataría a Colombia lo que, conforme al principio de derecho internacional citado, le pertenecía.

Era necesario suponer que debía unirse Guayaquil, así como las demás provincias quiteñas que fueron logrando declarar su emancipación, a alguna de las dos extensas repúblicas que se habían constituido, puesto que difícilmente podrían mantener por sí solas la independencia y ser reconocidas como tales por las grandes potencias del mundo.

Sin embargo, Guayaquil mantenía su autonomía, y algunos de quienes formaban la Junta de Gobierno, proclamada al efectuarse su separación de España, tenían el propósito de sostenerla, pero a la vez, dentro de la misma Junta otros miembros de ella, comprendiendo la necesidad que tenían del apoyo de una entidad nacional más fuerte, opinaban por la unión a Colombia, en tanto que otros pensaban en la adhesión al Perú. Esta última tendencia era fomentada por el General José de San Martín, como Protector de la independencia peruana.

Tacto de verdadero diplomático ne-

cesitaba Sucre para contrarrestar las influencias de San Martín, proteger con el poder y respetabilidad del nombre de Colombia a Guayaquil, cooperar en el sostenimiento de la independencia declarada el 9 de octubre de 1820 y lograr que de modo espontáneo se incorpore la provincia a Colombia, como parte integrante de la nación. Preciso era que estas actividades que Sucre iba a desarrollar no se llegaran a interpretar como tendencia impositiva en favor de la incorporación, y que ninguna palabra ni aun gesto alguno pudiera herir la susceptibilidad de quienes debían decidir de la suerte futura de Guayaquil.

Parece oportuno antes de seguir adelante declarar, así sea brevemente, los antecedentes de la situación política y militar que se había planteado en el sur por aquel entonces. Largo tiempo hacía que la provincia de Guayaquil, desde 1809 intentaba, sin haberlo logrado, declarar su separación de la metrópoli, hasta que en 1820 se lo permitieron las circunstancias de la guerra, gracias a las victorias alcanzadas por Bolívar en la Nueva Granada en 1819, y muy especialmente a la obtenida en la batalla de Boyacá, que selló la independencia neogranadina.

Fue además propicia la oportunidad para la provincia por las circunstancias favorables que para la causa americana ofrecía la revolución de Riego y Quiroga en España, que tuvo luego como consecuencia en Colombia los tratados de armisticio y regularización de la guerra. Dadas estas favorables oportunidades, una parte de la guarnición de Guayaquil se pronunció en favor de la independencia, en la noche del 9 de octubre de 1820, fecha ya mencionada anteriormente, y aprisionó al gobernador Vivero, a su segundo José Elizalde, al jefe de la artillería, Luis Torres, y a muchos españoles conocidos como enemigos de la emancipación

americana. Se adueñaron los sublevados de la ciudad, encabezados por los Capitanes —antiguos oficiales del batallón Numancia, pasado al lado de la causa americana— Luis Febres Cordero y Luis Urdaneta, venezolanos, Gregorio Escobedo y Miguel Letamendi, y por los paisanos J. Villamil, J. Undaburu, M. A. Lizarraga, L. Liona, Peña y Noguera (22), así como por otros jefes militares y personas importantes e influyentes de la ciudad. Trataron de resistir y oponerse al movimiento revolucionario algunos jefes realistas, y entre ellos el comandante del batallón de Granaderos, don Benito García del Barrio, don Joaquín Mallagar, capitán de dragones del Daulc, más esta resistencia no tuvo fuerza suficiente, ni éxito; por el contrario, murieron algunos de los que eran fieles a la causa del rey y otros cayeron prisioneros en la misma noche de la sublevación. El único baluarte que conservaba el realismo al amanecer del día 10 era el grupo de cañoneras surtas en el río y que se hallaban comandadas por el capitán de puerto Joaquín Villalba. (23)

Comunicó estos hechos al General Manuel Valdés, a Popayan, el comandante general Gregorio Escobedo, invitándole a la vez a intentar la liberación del departamento de Quito. En seguida se constituyó la ya mencionada Junta Provincial de Gobierno, nombrada por el cabildo de la ciudad de Guayaquil. Esta Junta fue presidida por el insigne poeta y estadista José Joaquín Olmedo, diputado que había sido en las Cortes y regidor decano de Guayaquil.

Los electores que decretaron la creación de la Junta expidieron una constitución para el estado nuevo que acababa de proclamar su independencia.

Quedaba éste en circunstancias harto difíciles, puesto que el resto del territorio de la presidencia, considerado ya como departamento de Quito, estaba aun en poder de España, y por lo tanto Guayaquil quedaba aislado, tanto de Colombia como del Perú.

Se inició entonces la lucha para sostener por medio de las armas la independencia, y una columna, comandada por el Capitán Urdaneta, marchó al norte con tal objeto, pero quedó completamente derrotada en Huachi por las fuerzas realistas el 22 de noviembre de 1820.

Fue esta la primera derrota padecida en este punto por las fuerzas patriotas; otra, sufrieron más tarde allí mismo en 1821. A esta derrota se siguió la de Verdoloma que infligió a los patriotas de la provincia de Cuenca el Coronel González, vencedor en Huachi.

El General San Martín se apresuró entonces a prestar auxilio a Guayaquil con el fin, desde luego, de facilitar o propiciar la incorporación de la provincia al Perú; pero el Coronel argentino Luzuriaga, quien fue enviado por el Protector del Perú como asesor militar, sufrió como los oficiales venezolanos una derrota en Tenizahua, el 3 de enero de 1821. En esta acción de armas cayó prisionero y fue decapitado el comandante José García. Su cabeza, enviada a Quito, fue expuesta al público por orden del presidente Aymé-rich, dentro de una jaula de hierro.

No obstante estos éxitos de las armas realistas, les fue imposible apoderarse de la ciudad de Guayaquil, que se hallaba entonces completamente cubierta por las inundaciones producidas por las copiosas lluvias de la época invernal en aquella región.

Fracasó, pues, entonces la ayuda pe-

(22) Villanueva, Laureano, op. cit. p. 113. Edición de París, sin fecha.

(23) *Ibidem.* p. 113.

ruana a la independencia de Guayaquil, y los oficiales Tomás Guido y Luzuriaga volvieron a Lima sin haber alcanzado los propósitos del General San Martín.

En tales circunstancias inició el Libertador su política de cooperación militar a la independencia, no solo en Guayaquil sino en todo el departamento de Quito, y su labor diplomática para obtener que todo aquel territorio se incorporase a Colombia, labor que se ha venido exponiendo en esta monografía y que se inició con la orden de remitir mil fusiles con su respectiva dotación de municiones; con el envío del General José Mires como auxiliar militar y aun como parlamentario, y luego con la misión dada a Sucre, en quien hallaba Bolívar condiciones excepcionales para el cumplimiento de uno y otro cometido, y en quien veía un tino, prudente y hábil diplomático que haría sus veces cuando urgente negociaciones le llamaran a Venezuela.

Mires, distinguido General español, maestro de Sucre en punto de matemáticas, ingeniería y táctica militares, adicto a la causa de la independencia, y por la que sufrió prisión en Cádiz, poseía grandes cualidades y capacidades militares, era arrojado y valiente, pero su discípulo de 1808 le aventajaba, en concepto de Bolívar, en sutileza, acierto y forma insinuante y convincente de palabra, a la vez que en energía para la importante acción diplomática que debía desarrollar en Guayaquil y en el departamento de Quito. Sin embargo, en todas las instrucciones de orden militar o de carácter diplomático que el Libertador le transmitía, señalaba cuidadosamente hasta los menores detalles que debían tenerse en cuenta al poner en prácti-

ca la misión, mas dejaba en ciertos casos al buen criterio de Sucre, la modificación de sus órdenes y aun la suspensión de ellas, según el curso que tomaran los sucesos de la guerra o de la organización estatal de la provincia de Guayaquil y de las aspiraciones de independencia de Cuenca.

V

El General Sucre, como jefe de estado mayor del Libertador, era en quien Bolívar había depositado su mayor confianza y el hombre que tenía más cerca de sí en el desarrollo de los planes de sus campañas que habían de desarrollar para completar su obra libertadora.

Como tal, era el General Sucre quien comunicaba las órdenes por medio de las cuales se ponían en ejecución esos futuros proyectos guerreros y quien los llevaba frecuentemente al conocimiento del vicepresidente de Cundinamarca de las órdenes impartidas por el gobierno militar.

Así, pues, desde el cuartel general de Bogotá, le transcribió dos órdenes en sendas notas de fecha 8 de enero de 1821, en los mismos días en que se desarrollaron sucesos de que se ha venido tratando, y que muestran cuales eran los pensamientos y planes bélicos de Bolívar en aquella época. (24)

Por orden de Bolívar uno de esos oficios había sido dirigido al gobernador comandante general del Cauca y en él se le ordenaba que en consecuencia de la marcha que el Libertador iba a emprender hacia dicha provincia —recuérdese que esto era lo acordado hasta el 16 de enero— levantara cuatro mil hombres que estuvieran listos para el 31 del mismo, y que en el adiestramiento de ellos se ocuparan

(24) Archivo Nacional de Colombia, "Guerra y Marina", t. 76, fs. 757 a 780.

cuantos oficiales disponibles hubiera, de cualquier arma que fueran. Indicaba que debían ejercitarse los reclutas en el tiro al blanco, disponía la cantidad de cartuchos que podían emplear en ello, mandaba que se prepararan municiones en abundancia para que estuviera la tropa provista de ellas en el tránsito, que se allegaran caballos y bagajes y que los hombres que hubiera reunidos en ese momento, de trescientos en adelante, marcharan volando —término es éste peculiar de Bolívar— a cargo del mejor oficial que hubiera para reemplazar las posibles pérdidas que hubiera sufrido el General Valdés. En esta marcha deberían dejar preparado todo lo que pudiera ser preciso para la subsiguiente de los cuatro mil hombres.

En otro oficio de la misma fecha, daba cuenta al vicepresidente de haber ordenado al comandante general de Casanare, que tratara de reunir los caballos necesarios para organizar cuatro escuadrones de caballería de mil hombres, que debería enviar, montados en mil potros, los cuales habrían de traer consigo mil quinientos caballos gordos, mansos y escogidos entre los mejores que hubiera en toda la provincia. Estos cuatro escuadrones debían quedar a las órdenes del General Rafael Urdaneta. Así mismo debería reunir cuatro mil reses, que, engordadas se enviarán a la vez con los escuadrones de caballería, o que se irían enviado cuando las fuera pidiendo el General Urdaneta.

Manifestaba luego que el Libertador estaba resuelto a terminar la guerra en el año siguiente de 1822 por medio de una gran batalla cuya suerte se asegurara en forma positiva, si antes no hacían la paz los españoles. Por consiguiente, decía Sucre, estaba el Libertador poniendo en movimiento todos los medios de que fuese capaz el país

para que el ejército por su sola masa fuera capaz de imponerse. Para ello se consideraban necesarios todos los sacrificios y trabajos que tan gran empeño exigiera y tomar todas las medidas extraordinarias que él demandara.

Según el texto del oficio, decía Sucre al gobernador comandante de Casanare, lo siguiente: "Manda pues, que V. S., conteste inmediatamente si cree V. S., puede cumplir las órdenes que le comunica", o si no "para enviar un oficial -dice- que encargándose del mando las ejecute", en la inteligencia que sea V. S., o cualquiera otro el que se comprometa a cumplirlas, responderá con su vida, su honor y su empleo si faltase a ellas. Entiéndase V. S., con el General Urdaneta en todo lo que se le mande hacer, pues este General está facultado para resolver en todo; a este efecto se ha comprendido a esa provincia en el distrito del ejército de su mando. V. S. estará a sus órdenes y así se le avisa a su excelencia el Vicepresidente de Cundinamarca".

Sucre dio principio al cumplimiento de su comisión en enero de 1821, partiendo de Santa Fe de Bogotá con rumbo al sur del país, en compañía del Coronel Antonio Morales, comisionado del gobierno colombiano para imponer el armisticio. Por sucesivas cartas fue dando cuenta al General Santander, Vicepresidente de Cundinamarca -departamento central de Colombia- de lo que iba ocurriendo en los diversos lugares del tránsito y de los actos que iba ejecutando en desarrollo de su comisión. (25).

Así en nota del 13 de enero, procedente de La Mesa, decía que en cumplimiento de las órdenes recibidas había abierto los pliegos procedentes del sur y se había enterado de las comunicaciones que contenían, y en nota del 25 del mismo mes daba cuenta de

(25) Archivo Nacional de Colombia, Guerra y Marina, t. 75, fols. 17 a 20.

su llegada a Popayán el día anterior y manifestaba que nada se sabía aún del General Manuel Valdés. Solo se tenía noticia de que había seguido hacia el Patía el 14, o acaso el 15 de enero. Agregaba que el Coronel Obando le aseguraba que las tropas de Valdés no excederían de ochocientos hombres, dentro de las cuales se presentaba y continuaba la frecuente desertión, que no se había contenido a pesar de que las guerrillas realistas habían apresado a veintidós desertores y les habían dado muerte.

Informaba, además, que dejaba al Coronel Obando en Popayán encargado de activar el reclutamiento en la provincia y de remitir la recluta juntamente con la que de Neiva debía conducir el Mayor Soler, en cuanto llegara el depósito hecho en Bogotá.

También informaba que había pedido al Comandante General de armas de la provincia, las armas, fornituras, bagajes, vestuarios y demás elementos necesarios para la marcha de las columnas. Además daba cuenta de que el Coronel Moles -comisionado del gobierno español para imponer el tratado de armisticio- seguía con él y con el Coronel Morales. Moles había escrito el día anterior, 24 de enero, a todas las guerrillas realistas del tránsito para comunicarles la celebración del armisticio e intimándoles la sumisión a él. Había invitado asimismo Moles a todos los Jefes de dichas guerrillas a entrevistarse con él en el tránsito y les había prevenido la cesación de las hostilidades. (26).

Poco antes, el General Valdés había batido una parte de las fuerzas del General Calzada en Pitayó, en cumplimiento de los órdenes muy anteriores del Libertador, que había aspirado a que antes de la celebración del ar-

misticio se avanzara cuanto fuera posible en todos los frentes.

Calzada se retiró al Patía y abandonó a Popayán, que fue ocupado por Valdés. De allí volvió éste al Valle del Cauca, y provisto luego de nuevos recursos, enviados por Cundinamarca, regresó a Popayán, abrió de nuevo operaciones y pasó el Juanambú con el propósito de seguir a Pasto; más le salió al paso el Coronel realista Basilio García, ocupando las alturas de Jenoy, en las cercanías de Pasto, donde tras reñido combate fue derrotado Valdés, que tuvo que repasar el Juanambú y retirarse al pueblo de El Trapiche. (27).

Obsérvese la lentitud con que se recibían las comunicaciones, y, por lo tanto, lo mucho que se tardaba en conocer los diversos aspectos y desarrollo de la guerra. Valdés había cumplido órdenes de Bolívar referentes a la época anterior a la celebración del tratado de suspensión de hostilidades, cuando ya se habían suscrito y se estaba poniendo en práctica el armisticio; y, finalmente, sufría costosa derrota en Jenoy el 2 de febrero, día en que ni él ni los realistas con quienes combatían había recibido noticia del tratado que se había celebrado el año anterior en Trujillo. A tiempo para Valdés, llegó con Sucre y con los comisionados de España y de Colombia la noticia de la cesación de la lucha, pues gracias a ello los restos de la División del Sur no fueron perseguidos ni aniquilados por el enemigo, General Basilio García.

Se reunió al cabo Sucre con el General Valdés el 6 de febrero en las riberas del río Mayo, y con él llegó el día 9 a Mercaderes, donde recibió la división, por entrega que le hizo Valdés. En nota de la fecha indicada ma-

(26) Archivo Nacional de Colombia. *Ibidem*, t. 21.

(27) Esta población lleva hoy el nombre de Bolívar.

nifestaba el General Sucre el estado en que se hallaba la división a tiempo de hacerle entrega de ella el General Valdés y cuando se separaba también de aquella fuerza el General Murguieitio, jefe de su Estado Mayor, que pasaba enfermo al Cauca.

Se componía la división de cuatro cuerpos: Guías, Albión, Cundinamarca y Neiva. El total de los hombres que la formaban no alcanzaba a llegar a los ochocientos que según el Coronel Antonio Obando la integraban; tan solo 586 hombres constituían el resto de la desmembrada División del Sur, contando en este número a los oficiales; y aun esta cantidad disminuía constantemente por la desertión que en la tropa se presentaba. Tenía, dice Sucre en la citada nota, 314 fusiles, 218 bayonetas, 406 cartuchos, 182 sillas, 70 lanzas, 77 carabinas, 7.690 cartuchos distribuidos y 800 en parque.

Carente de comisaría para mantener la tropa, sin hospital ni drogas, ni instrumental para curar a los heridos, sin vestuario, con la oficialidad enferma en parte y la tropa "en completa desnudez", como dice la nota mencionada. El aspecto que presentaban los soldados, más era de mendigos que de militares, conforme a las palabras de ese informe. "No hay un real para que abonándoles algo se vistan", añadía la desconsoladora información de Sucre que concluía con estas palabras: "En fin, el cuadro que presenta esta División necesita más larga descripción, y yo terminaré ésta poniendo que es un cuerpo moribundo que perecerá si no se vivifica por los auxilios del gobierno" (28).

Sucre debía llevar mil hombres bien armados y bien equipados a Guayaquil; sin esta fuerza auxiliar de la

independencia de la provincia, todo su celo y tino diplomático, toda su habilidad de parlamentario serían inútiles.

En una serie de cartas, dirigidas, como la anterior al Vicepresidente de Cundinamarca, General Francisco de Paula Santander, fue dando cuenta de su marcha y de los incidentes de ella el General Sucre, así como de su correspondencia con el Coronel Antonio Morales y con los demás jefes que actuaban en aquella campaña, y manifestaba en una de dichas cartas que cada día que pasaba en el tránsito, era un día perdido para reorganizar los cuerpos de la división (29).

El Coronel Morales en asocio del Coronel Moles se ocupaba en fijar la demarcación de la línea divisoria entre los campos realista y colombiano, en virtud de lo acordado en el tratado de armisticio, línea que, como se deseaba, quedó al cabo señalada por el río Mayo.

Estableció Sucre su cuartel general en El Trapiche, y comenzó la labor de mejorar aquellas tropas que se hallaban en vía de disolución, haciendo para ello verdaderos prodigios, puesto que no podía esperar gran cosa del gobierno, según se lo manifestaba el Vicepresidente Santander en sus respuestas. Sin embargo, en oficio del 6 de marzo decía éste que podía tomar del ejército un batallón de 800 plazas y también la columna que obraba sobre Barbacoas, que se hallaba bajo la dirección del Coronel Cancino. Le remitió además 1.150 fusiles que llevaba el bergantín Ana, más 1.000 que había llevado Mires, que aportaba también pólvora y otros elementos para la tropa del Sur. Enviábale asimismo "algunos recursos pecuniarios", que debía entregarle el

(28) Archivo Nacional de Colombia. "Guerra y Marina", t. 76, fls. 23 y 24.

(29) Archivo Nacional de Colombia. "Guerra y Marina", t. 76, fls. 25 y 26.

General Pedro León Torres, "aunque sea quitándolos al ejército, pues estoy persuadido -agregaba Santander- que a Quito se le libertará por Guayaquil, y que esta plaza corre riesgo de perderse si no llega pronto un refuerzo y una cabeza militar" (30).

En este mismo oficio se decía que Guayaquil había pedido al gobierno auxilios de tropas. Bueno es tener en cuenta, como aspecto general de lo que había ocurrido en las provincias del sur, que poco después de Guayaquil había declarado Cuenca su independencia de España bajo la dirección de José María Vásquez de Novoa, Presidente de la municipalidad, con el nombre de Capitanía General de Cuenca; que pudo ella transitoriamente sostener este estado de provincia libre, pero que después de la derrota de Luis Urdaneta en Huachí, fue sometida de nuevo por las armas realistas. (31). En Quito que se hallaba bajo el poder del Presidente Melchor Aymerich, se espera el auxilio colombiano para alcanzar la independencia por parte de quienes la deseaban y esperaban alcanzarla, a tiempo que Bolívar y Sucre tenían aquella provincia como objetivo de su doble campaña.

En nota de 22 de marzo le comunicaba de Cali Sucre al General Santander, que el comandante de esa provincia le había entregado los reclutas para organizar el Batallón Santander, constante de cuatrocientas plazas. Este batallón regularmente equipado había marchado ya, y se contaba como parte de los mil hombres que le debían entregar para la expedición de Guayaquil. (32).

Sucre además había celebrado un contrato de préstamo de diez o doce mil pesos con el señor Halton, suma que se comprometía a satisfacer en Guayaquil o Quito, seis meses después. Este préstamo lo hacía para aliviar en parte la necesidad de fondos de la provincia de Cali, y si al término del plazo señalado no lo hubiera cubierto por algún inconveniente, debería hacerlo el Comandante General de la provincia. (33).

El 2 de abril de 1821 zarpó en Buenaventura a bordo de la corbeta *Alejandro* con rumbo a Guayaquil, la expedición auxiliar, tras de grandes dificultades para iniciar la marcha llevaba Sucre 550 hombres en este barco y 100 más en una goleta que hacía parte de la flota expedicionaria. El bergantín *Ana*, que quedaba en el puerto, debía partir más tarde con la tropa restante y con los víveres necesarios para el sostenimiento de los mil hombres, que habían de constituir la fuerza colombiana que acudía en apoyo de la provincia independizada. Lenta fue la navegación por causa de las calmas, pero arribó al cabo la expedición, el día 30 a la punta de Santa Helena, que dista más de treinta leguas de Guayaquil.

Llegaba Sucre con las tropas colombianas auxiliares de la libertad de la provincia, expuestas entonces a ser reducidas de nuevo al poder realista, y, por tanto, los ciudadanos, que se sintieron protegidos por la presencia de tan ilustre General y de sus soldados, le dispensaron entusiasta recibimiento, aunque no se mostraban dispuestos a aceptar los propósitos de la misión del gallardo jefe militar y

(30) Archivo Nacional de Colombia. Cortázar, Roberto. Cartas y Mensajes de Santander, t. III, p. 118.

(31) Lecuna, Vicente, Crónica razonada de las guerras de Bolívar, t. III, p. 118.

(32) Archivo Nacional de Colombia, "Guerra y Marina", t. 76 fs. 62.

(33) Archivo Nacional de Colombia, "Guerra y Marina", t. 76, f. 64.

hábil político. Trabajó Sucre cordiales relaciones con el Presidente de la Junta de Gobierno, el gran poeta Olmedo, que no era adicto a la unión de la provincia a Colombia, y que, en caso de incorporación a alguna de las dos vecinas repúblicas, se inclinaba más a la adhesión al Perú. Y si no alcanzó nuestro General a inclinar su voluntad en favor de las aspiraciones colombianas, sí ganó desde entonces las simpatías de la Junta de Gobierno y de la ciudadanía. Fue éste el primer paso satisfactorio de su fino tacto político. Luego llegó a la celebración del importante convenio, suscrito el 15 de mayo, por medio del cual la Junta declaraba a la provincia "bajo los auspicios y protección de la República de Colombia", dio la jefatura de sus tropas a Sucre y le otorgó amplias facultades para celebrar convenios de orden militar en su nombre. (34).

En el prólogo de este convenio, se declaró lo siguiente: "El Gobierno de Colombia, para llevar a efecto la ley fundamental del estado, deseando obtener libremente el voto de los pueblos que han sacudido la dominación española en el sur de Quito; incorporarlos en consecuencia a la República; llamar sus representantes a la asamblea nacional y constituirse en el mando, bajo una fórmula sólida y concentrada de gobierno; habiendo confiado sus poderes al General de Brigada Antonio José de Sucre, para presentar al gobierno y pueblo de Guayaquil la Ley de la República como pacto social de Colombia, invitarlo a su reunión, o concluir una negociación, que abrevie el término de ella, y la más pronta libertad del Departamento de Quito; y la Junta Superior de Gobierno de la provincia de Guayaquil, recibiendo con singular apre-

ció aquella honrosa invitación por medio del señor comisionado, examinadas las credenciales y poderes que le ha conferido el Libertador Presidente de la República, estando penetrada de las ventajas de la Ley Fundamental, de la necesidad de reunir esta Provincia a alguna de las grandes asociaciones de la América Meridional, de las conveniencias que su situación local ofrece a sus íntimas relaciones con Colombia, consultando, en fin, todas las circunstancias de mutua utilidad que puedan conduciría a un alto grado de prosperidad, y teniendo presente la Constitución provisoria de la Provincia, han acordado, después de las más detenidas conferencias y explicaciones necesarias, celebrar un convenio, que fije y asegure su existencia política y la garantía de sus derechos, sobre las bases contenidas en los artículos siguientes":

Esta declaración e inclinación de la Junta a incorporarse a Colombia, muestran lo bien que conducía Sucre tan importante y delicada negociación, evitando en cuanto fuera posible, forzar la voluntad de los gobernantes, ni del pueblo de la provincia, para obtener la decisión libre que de unos y otros se buscaba.

El artículo primero del convenio lo demuestra con mayor claridad. Dice así: "La Junta Superior de Guayaquil, no estando facultada por su constitución provisoria para declarar la incorporación de la provincia a la República de Colombia, según la Ley Fundamental, protesta, no obstante, manifestar y recomendar las ventajas de la Ley de la Junta Electoral de la provincia, luego que se reuna, con el fin de expresar libremente su voluntad sobre su agregación en la

(34) Archivo Nacional de Colombia. "Guerra y Marina", t. 76, fls. 146 y 147. O'Leary, Daniel Florencio. *Memorias*, Documentos, t. XIX, pgs. 40 a 42.

forma que le convenga, para cuyo efecto se aprovechará la oportunidad que presente nuestra situación después de la próxima campaña en que deben quedar libres las provincias de Quito y Cuenca".

El segundo artículo decía: "La Junta Superior de Guayaquil declara la provincia que representa bajo los auspicios y protección de la República de Colombia. En consecuencia confiere todos los poderes a S. E., el Libertador Presidente, para proveer a su defensa y sostén de su independencia, y comprenderla en todas las negociaciones y tratados de alianza, de paz y de comercio que celebre con las naciones amigas, enemigas o neutrales, a cuyo efecto la Junta de Gobierno remitirá directamente o por medio de comisionados, las exposiciones convenientes, que recomienden las consideraciones que debe merecer esta provincia en cualesquiera tratados por su situación geográfica, política y mercantil".

Mucho había logrado la habilidad de Sucre, pero la provincia de Guayaquil estaba aun lejos de admitir que habiendo pertenecido al Nuevo Reino de Granada y al virreinato de éste, había sido centro, pertenecía, de conformidad con el aceptado principio de derecho ya indicado del *uti possidetis juri*, a la Nueva Granada, y por lo tanto de Colombia. Además, como lo dice el convenio, esperaba para cualquier decisión, el resultado final de la campaña que para la liberación de Quito iba a iniciarse, o, acaso, pudiera decirse, que se iba a continuar, puesto que Valdés había dado principio a ella.

Por el artículo quinto del convenio, se otorgaban amplias facultades a Sucre, como ya se ha dicho, para efectuar negociaciones con el gobierno de Quito que llevaran por finalidad la libertad del país, para establecer, si

fuera del caso, suspensión de hostilidades y para hacer que la provincia quedara comprendida en el tratado de regularización de la guerra celebrada entre Colombia y España el 25 de noviembre de 1820.

Como las Fuerzas Militares de Guayaquil se habían incorporado a la División del Sur, según lo declara el convenio, estaban de hecho bajo las órdenes de Sucre, cuya jefatura se reconocía.

Se firmó este convenio en Guayaquil, el 15 de mayo de 1821. Lo suscribieron el Presidente de la Junta, señores don José de Olmedo, don Francisco Roca, don Rafael Ximeno, y el General Sucre.

Quedaban así sentadas las bases para iniciar la campaña que iba a dar a Sucre, el prestigio que para él había augurado y que le deseaba Bolívar. La incorporación de Guayaquil a Colombia, sin embargo, era punto aun pendiente y que había de resolverse más tarde, dada la insistencia de la provincia, mantenerse separada de sus vecinos del norte y del sur, o su decisión a incorporarse a alguna de ellas.

La provincia de Guayaquil se hallaba en los momentos de la celebración del convenio, en muy desfavorables condiciones económicas y en no menos adversas circunstancias militares, con respecto a las fuerzas de que disponía el enemigo; por esto y por verse sometida durante tal época a los rigores del invierno que causaba grandes inundaciones en sus campos, Sucre propuso al General Aymerich, por medio de su edecán Capitán Eusebio Borrero Costa, una prórroga del armisticio hasta el 24 de junio, que se hiciera extensivo a Guayaquil por hallarse esta provincia, en virtud del convenio del 15 de mayo, bajo la protección de Colombia.

Sucre había concebido desde el año anterior el proyecto de atacar a Qui-

to por el sur y prescindir de llegar a él por Pasto, donde siempre se encontraba una fuerte resistencia, muy difícil de vencer -plan era éste que había recomendado Santander a Bolívar y tal era su propósito al prepararse en Guayaquil para iniciar la nueva ofensiva, contando para ello con la aprobación de sus designios por Bolívar, a quien se los había comunicado por medio del General Santander que participaba de sus ideas.

De acuerdo, pues, con estos planes y con las instrucciones recibidas del Libertador y del mismo Santander sobre reanudación de las hostilidades, inició la campaña en agosto de 1821.

Tuvo Sucre en los comienzos de esta campaña que afrontar diversas dificultades, y aun la rebelión suscitada por el venezolano Nicolás López de Aparicio, individuo que había pertenecido a las tropas de Boves, y a cuya designación por la Junta para la comandancia de un cuerpo del ejército se había opuesto Sucre porque sospechaba que este oficial podría ser desleal, como lo fue, al conspirar con el español Caamaño y con Ramón Ollague. Los sublevados se apoderaron de la goleta *Alejandro* y de otros barcos, más la rápida acción de Sucre, que desde Samborondón acudió a conjurar el peligro, estableció el orden. Recuperó el General los barcos de que se habían adueñado los conspiradores, excepto la goleta, que fue conducida por su piloto a Panamá.

Debelada esta rebelión, cuyo promotor, con unos pocos soldados, se incorporó a las tropas realistas; superadas otras dificultades, y concluidos en cuanto era posible los aprestos bélicos, inició Sucre la campaña el día 7 de agosto de 1821. El enemigo le buscaba dividido en dos columnas en plan de combate, procedente una de ellas de

Quito y comandada por Aymerich; la otra, salida de Cuenca bajo el mando del Coronel González.

Hábilmente Sucre, el 12 de agosto, batió en Yaguachí la columna que marchaba desde Cuenca, antes de que pudiera unirse con la otra, y en seguida atacó a Aymerich, que se retiró hacia Quilo, sin aceptar combate, perseguido por Sucre.

El magnífico triunfo alcanzado en Yaguachi despertó gran entusiasmo en Guayaquil en favor de la incorporación de la provincia a Colombia; el pueblo recorrió las calles de la ciudad pidiendo que se decretara la unión a la República, y la Junta de Gobierno ordenó que se levantara en el campo de la batalla un monumento que llevara la siguiente inscripción: "Aquí fue libre Guayaquil bajo el escudo de Colombia". Pero la prudencia y tino de nuestro General, en cumplimiento de las instrucciones que había recibido, detuvo aquella explosión, provocada por elementos colombianos, que podía atribuirse a sentimiento poco firme y ser más tarde interpretada en forma desfavorable.

Tuvo Sucre que detenerse en Guayaquil para tratar de las negociaciones propias, más de su misión diplomática que de su calidad de militar auxiliar de la independencia de la provincia, y, a pesar de su esfuerzo para que la Junta de Gobierno se inclinara a convocar el Colegio Electoral con el fin de que éste definiera cuál debía ser la vida política de la provincia; dicha Junta, aunque hizo reconocer a Sucre como comandante militar, se abstuvo de proceder inmediatamente a la esperada convocatoria, y tan solo el día 3 de septiembre se decidió a efectuarla, después de que el Presidente de ella, señor don José Olmedo, consultó el punto con el Ayuntamiento el día 31 de agosto. (35).

(35) Lecuna, Vicente. Crónica razonada de la independencia de Colombia, t. III, p. 128. Nueva York. 1950.

Tantas dificultades halló Sucre en esta misión diplomática, que manifestó en una de sus cartas, que hubiera preferido que se le ordenara ocupar militarmente a Guayaquil, como parte que era de Colombia, en vez de tratar de convencer a aquellos ciudadanos incorporarse voluntariamente.

"La Junta en cierto modo pertenecía al género de gobierno llamado de la Patria, en Venezuela y en Cundinamarca -dice Lecuna en el lugar ya mencionado- al comienzo de la revolución; y aunque animada por el genio superior del Olmedo, la entorpecían la acción de Jimena y la hostilidad declarada del Coronel Roca a Colombia". No pudo, pues, Sucre, por atender a las negociaciones que le llevaron a Guayaquil, continuar la persecución de Aymerich, y se vio en la necesidad de defender la provincia, más que del poder español, de las aspiraciones del Perú a incorporarla a su territorio. Concluidas estas funciones de su misión en cuanto ella tenía de parlamentario y diplomático, se ocupó de la continuación de la campaña, que ofrecía serias dificultades por la deficiencia de fuerzas del ejército republicano, ante el que poseía la causa realista.

Y desfavorable fue esta segunda etapa de la campaña. A pesar de la gran competencia militar de Sucre, sufrió en el combate de Huachi o de Ambato su única derrota, el 19 de septiembre, no tanto por la falta de buena caballería, de que careció en aquella batalla, cuanto por la temeraria actitud del General Mires. Cometió éste en plena lucha grave error táctico que Sucre no pudo remediar, y la victoria se declaró en favor de los españoles. Sucre sufrió dos heridas en la contienda y su caballo quedó inutilizado en medio del combate. Dolorosa quiebra fue la sufrida en este combate para el pundonoroso General

colombiano. La división que se le había confiado quedó casi destruida. Le era preciso principiar de nuevo; reparar las bajas producidas y no perder de vista los negocios de Guayaquil.

Con el fin de reorganizar sus tropas reclamó el 19 de octubre al General San Martín el envío del Batallón "Numancia" formado por los españoles con soldados granadinos y venezolanos, esto es, con personal colombiano que deseaba vivamente regresar a su país. Era este Batallón uno de los más aguerridos con que contaba el General San Martín. Había sido enviado por Morillo al Perú desde la Nueva Granada en 1816, y allí se declaró en favor de la causa americana en 1820. San Martín no accedió a lo que con toda razón y justicia le pedía Sucre, y para evitar el retiro del batallón, que desde 1820 estaba acantonado en el Perú, envió otras fuerzas, compuestas de reclutas en su mayoría, y con las cuales comenzó el General colombiano a reparar las pérdidas padecidas en la derrota.

Más con esta tropa no era posible continuar la campaña sino, a lo más, defender la ciudad de Guayaquil; preciso le fue por tanto a nuestro General aceptar una suspensión de hostilidades por noventa días, propuesta por el lugarteniente de Aymerich, pero suscitada por el propio Sucre valiéndose de las circunstancias un poco adversas para las armas del rey, a pesar de su reciente victoria, por los caracteres que presentaba la guerra después del triunfo alcanzado poco antes por Bolívar en Carabobo, después de la llegada de San Martín a Lima y del Almirante Cochrane al puerto de Guayaquil.

La tregua acordada daba tiempo a la reconstrucción y al fortalecimiento de las tropas colombianas, así como a las de sus aliados. Y efectivamente, durante tal interrupción de la beli-

gerancia llegaron los soldados colombianos que comandaba el Coronel Diego Ibarra, edecán de Bolívar, según lo anunciado por el General Santander, y el batallón Paya, de quinientas plazas, íntegramente colombiano. Eran estos soldados parte de los 1.000 hombres que el Vicepresidente había ofrecido enviar en carta de 4 de abril. En ella Santander le había prometido este refuerzo si Sucre decidía atacar a Quito por el Sur, y en cuanto se supiera en Bogotá cómo había sido recibido el General en Guayaquil. (36).

La marcha de Ibarra se le había anunciado a Sucre en carta de 10 de septiembre, víspera de la salida de aquél. En esta carta como si un presentimiento indicara el desastre del 12 se le decía, por orden de Bolívar, que se abstuviera de empeñar combate antes de la llegada del Coronel. (37). Guayaquil, además, el mismo día de la derrota aportó 700 reclutas para reconstruir el ejército.

El Libertador al conocer el nuevo armisticio parcial, pactado a tiempo que se adelantaba de preámbulo de la reanudación de las hostilidades y en momentos en que se había comunicado a Sucre que estuviera dispuesto para ello, manifestó su desacuerdo con este paso dando por Sucre, pero halló más tarde las razones que asistían al General, su delegado en los negocios del sur del país, para haber procedido así. De este punto volveremos a tratar más adelante.

Al comunicar al Libertador la derrota sufrida en Ambato le decía: "Mi General: ¡Qué vana es la esperanza y qué inconstante la victoria! Después de la jornada de Yaguachí yo me atrevía a decir a Ud. que acaso

en todo septiembre llenaría sus comisiones. En efecto, todo se presentaba con un risueño aspecto, y sin una imprudencia, acaso mis presentimientos se hubieran realizado; pero la fortuna me lisonjeaba para darme el golpe más mortal y terrible, y arrebatarme de las manos a mis amigos, a mis compañeros, y dejarme aislado para dar a usted la terrible relación de nuestra campaña, una imprudencia, que no ha sido más, ha perdido la más bella ocasión de libertar a Quito, ha perdido la división y acaso va a mancillar mi reputación.

Yo no frato, mi General, de excusar la responsabilidad que tengo delante del Gobierno por mi comportamiento en esta campaña: al contrario, el reposo de mi conciencia en esta parte, me hace desear el escudo de la justicia para vindicar alguna acusación contra mis operaciones militares, que debieran satisfacer la confianza de usted; pero mi suerte, o tal vez el destino de que usted ha de ser el que en persona liberte toda la República, han contrariado mis esperanzas; pero una resignación a continuar constantemente mi trabajo y a sufrir esta desgracia, o más bien a repararla, tranquilizan un tanto mi alma.

El detalle oficial que hago al General Santander instruirá a usted de los pormenores del combate de Ambato". (38).

"Después de la brillante victoria de Yaguachí, parecía que la campaña de Quito por esta parte iba a ser la más feliz; pero ha sido todo lo contrario, decía Sucre al General Santander en oficio de 18 de septiembre, fechada en Babahoyo donde hace el detenido relato de los últimos sucesos de la cam-

(36) Cortázar, Roberto. *Cartas de Santander*, doc. 1015, p. 102.

(37) *Ibidem*, doc. 1316, p. 350.

(38) Villanueva, Laureano. *Vida de Don A. J. de Sucre*, Lib. P. Ollendoff. París. S. F. pgs. 128 y 129.

paña- el día 12 se ha perdido completamente el cuerpo principal de la División que constaba de mil hombres en las llanuras de Ambato; apenas se han salvado cien hombres, pero casi todos los jefes y oficiales y todo, todo se ha perdido. Yo creo deber hacer a V. E. una relación de esta desgraciada campaña, con la franqueza y sinceridad del carácter que V. E. me conoce”.

Sucre había ido el 28 de agosto a Guayaquil, con el fin de terminar las negociaciones con aquel gobierno, “si era posible”, y luego había dispuesto cuanto había juzgado necesario para emprender la campaña el primero de septiembre. Allí expone todas las medidas tomadas para ello, y después de la narración detallada de los hechos, pide que se juzgue severamente su conducta: “Yo deseo excelentísimo señor -dice en este documento- que mi conducta sea sometida a un consejo de guerra para que realmente el suceso del 12 manifieste el resultado de esta campaña tan mal dirigida cuanto no hubiera podido hacerlo un bisoño; pero como hasta aquel día, y en el combate mismo, mis disposiciones me justifican, yo quiero el escudo de la justicia para conservar mi reputación. Por ahora me conformaré con todo, y me contraeré a la continuación de mis trabajos”. (39).

En tan difícil situación, manifestaba sus propósitos de reconstruir su deshecha división. Decía a la vez que con el cuerpo de Cuenca, con el resto de los derrotados, con la pequeña guarnición de Guayaquil de 230 soldados, y con los prisioneros que podía canjear inmediatamente, podría reunir mil hombres con los que si no le era dable defender la provincia, si mantener la capital, y sostenerme a todo trance -añadía- hasta que vengan

las tropas del Cauca, tantas veces ofrecidas y que ahora son precisas y absolutamente necesarias, pues no espero que el General San Martín mande un soldado para conservar este país”.

Esperaba que continuando su trabajo de reorganización y reuniéndosele el comandante Illingrot podría tener 1.500 hombres, pero bisoños, que serían destruidos en campaña. Expone a continuación el posible desarrollo de los sucesos, según lo que haya logrado el General Torres en su avance hacia Pasto.

“Suplico a V. E. -dice como posdata- que este parte o una copia de él, lo dirija al señor Ministro de Guerra para conocimiento del Libertador”.

Con las tropas reunidas pudo Sucre adelantar las operaciones militares a través del territorio de Cuenca y de Quito que remataron gloriosamente en la famosa batalla de Pichincha, el 24 de mayo de 1822, más de un año después de haber emprendido su marcha al sur. Demostró entonces Sucre, a través de este período empleado en desarrollo de la misión que le había confiado el Libertador, sus excelentes dotes militares y de hombre de gobierno, así como sus habilidades de negociador y mediador diplomático. Forzoso ha sido ahora, para tratar de estas últimas facultades políticas de la brillante figura histórica que nos ocupa, referir en forma muy concisa la parte militar de sus actividades, aunque procurando, como es natural, destacar las cualidades y temple de insigne guerrero que poseía y que constituían su característica más eminente.

La victoria de Pichincha constituía para Sucre el mayor de los triunfos de su carrera militar alcanzado entonces. Se veía rodeado en él de valerosos

(39) Archivo Nacional de Colombia. “Guerra y Marina”, t. 76, fls. 163 a 166.

o ilustres jefes que habían cooperado a obtener la independencia de una vasta e importante parte de Colombia: José María Córdoba, Antonio Morales, Ibarra y Santa Cruz. No menos lo halagaba el haber vencido al notable General Melchor Aymerich, en tan reñido y singular combate, donde la bandera colombiana había tremolado en manos de Abdón Calderón, el joven abanderado heroico que acribillado a balazos prefirió rendir la vida en su puesto, antes que abandonar el campo de batalla, y antes que dejar de mantener erguido el pendón de la nueva y ya poderosa Colombia.

La España europea y la España americana, se habían disputado allí el campo del reino de Quito y ambas se habían mostrado dignas de su heroica tradición.

Al siguiente día de alcanzada tan señalada victoria entraron triunfalmente los vencedores en la ciudad, y luego se solemnizaron los actos de posesión de uña, al tercer día del combate, con el *Te Deum*, celebrado en

la catedral de Quito, al que asistió Sucre con su estado mayor y la oficialidad de las fuerzas de Colombia y de Guayaquil.

Ya entonces se esperaba la llegada de Bolívar, que después de la Batalla de Carabobo, con que selló la libertad en Venezuela, se dirigía al sur de Colombia para continuar su obra y extender su acción al Perú.

Al conocer el éxito alcanzado por su gallardo General, en quien veía cumplidos sus deseos y sus pronósticos, elogiaba el acierto diplomático que le había llevado a pactar el armisticio de Babahoyo con estas palabras:

"La destreza del General Sucre obtuvo un armisticio del General español, que en realidad era una victoria. Gran parte de la Batalla de Pichincha se debe a esta hábil negociación, porque sin ella, aquella célebre jornada, no habría tenido lugar". (40).

El Coronel Tolrá había perdido la oportunidad de ser él el vencedor, al firmar la suspensión de hostilidades.

(40) Rumazo González, Alfonso. Sucre. Gran Mariscal de Ayacucho. (Biografía) Ed. Aguilar: 1963.

La historia recoge hechos que tienen relación con la vida de la colectividad en sus múltiples aspectos. Antiguamente recogió, casi de un modo exclusivo, los hechos políticos y militares. En nuestro tiempo ha ampliado su campo de atención hacia episodios individuales y privados, en cuanto son reflejo del modo de vivir y pensar de los hombres de un período y un territorio determinados. El gran interés que actualmente se concede a la vida privada de los hombres que nos han precedido, a sus ideas y sentimientos, responde a una nueva concepción del estudio del pasado, según la cual hay algo profundo que distingue a los hombres de unas épocas respecto a los de otras, por encima de las batallas y de las agitaciones políticas: su modo de organizarse la vida, su actitud ante los problemas religiosos, culturales, económicos e ideológicos que se han planteado a la humanidad.